

CARLOS DÍAZ

Profesor Universitario. Madrid.

«De las nubes más negras cae el agua limpia. Es verdad que cosechas lo que siembras. Es verdad que si no siembras no cosechas. Pero también es verdad que en un jardín crecen más cosas de las que siembra el jardinero. Espera a que los rosales florezcan tres veces. Con el paso del tiempo se perdonan las ofensas. La esperanza es esa virtud que nos enseña a descubrir que sigue existiendo el paisaje cuando atravesamos el túnel»

1. Para no desesperar, contar los siglos por segundos; así se vive más, y las tristezas duran menos. El próximo segundo, pues, es decir, el siglo venidero, deseo seguir escribiendo: una patria de aves de pluma no es mala cosa.
2. Dios existe e insiste, mi evangelización es no desistir, no resistirme a su existencia insistente.
3. ¿Sugerencias? Quien pierde la esperanza no puede perder más. Quien desespera se agosta siempre. Quien espera retoña siempre: quien mira lo espinoso de un rosal difícilmente se podrá persuadir de que entre tantas espinas haya de nacer lo suave y hermoso de una rosa. Nada hay tan capaz de ayudarnos a sobrevivir aun en las peores condiciones como saber que la vida tiene un sentido.

- Todo llega a quien sabe esperar. Esperar, por otra parte, denota siempre un gran carácter. El viento sacude la flor, esparce la simiente, y así prepara la nueva floración. El viento es el sonido del éxodo; hacer de la vida un viento de libertad, que no deja de caminar, asumir una vida exótica, exílica, de un desierto en otro ¿eso es malo? Lo sería, sin esperanza: desierto es sólo cuando ya no hay esperanza. Hermoso peregrinar esperanzado, sin mirar atrás, cada vez más lejos. Quien sabe transformar la nostalgia en esperanza permanece. Aunque ya nada esperásemos de la vida, la vida sin embargo espera siempre invisiblemente algo de nosotros; cuando la ciencia se da por vencida, la sabiduría toma la palabra. En última instancia, la humildad ontológica lleva al esfuerzo para no desesperarse.

En un reportaje ofrecido por TVE sobre la larga marcha emigratoria de una tribu del Alto Volta podía verse a los negros sedientos y casi exhaustos caminar pesadamente sobre una tierra resquebrajada por la sequía recogiendo sus últimas breves fuerzas para susurrar un canto haciendo sonar breves notas melancólicas en pequeñas flautas que se estremecían con sus sarmentosos dedos, porque no estaban dispuestos a perder su utopía, su ilusión, su esperanza más allá de las más grandes adversidades imaginables. De las nubes más negras cae el agua limpia. Es verdad que cosechas lo que siembras. Es verdad que si no siembras no cosechas. Pero también es verdad que en un jardín crecen más cosas de las que siembra el jardinero. Espera a que los rosales florezcan tres veces. Con el paso del tiempo se perdonan las ofensas. La esperanza es esa virtud que nos enseña a descubrir que sigue existiendo el paisaje cuando atravesamos el túnel.

- El esperar se malograría sin la paciencia del mientras tanto: estar ahí a las duras y a las maduras, lanzar las campanas al vuelo sólo a su debido tiempo, no llorar en mera previsión de derrota, perseverar; la perseverancia es ese trabajo duro que uno realiza cuando se cansa de hacer el trabajo duro que ya ha realizado, la permanencia en el tiempo después de que ha pasado el tiempo, por eso el tiempo del perseverante es tiempo estable, pase lo que pase, y por eso en él se establece y estabiliza. Cuando el perseverante espera es inundado por una enorme alegría, no promete nada a nadie; cuando es

dominado por un gran enfado, no contesta ninguna carta.

En última instancia cada cual debe buscar su propia felicidad, contando con la de los demás. Esperarla de otros es vano. Nadie puede darnos la felicidad prefabricada. Cada cual tiene que ponerse a ello por sí mismo en la propia vida. «No discutas más qué es un hombre bueno o feliz, sé tú uno» escribió el estoico Marco Aurelio. La felicidad no es una estación teórica de llegada, sino un modo de viajar en la vida; no es un descanso, sino más bien una tregua; no es sólo una realización, sino también un proyecto; no es algo que se acumula, sino algo que se gana y se pierde. Cada día es una obra de arte, y no existe poema más bello que vivir su quicio y su plenitud día a día. Por el contrario, las personas infelices labran día a día su desquiciamiento Y su propia desgracia.

Ser, más que tener. El dinero no da la felicidad. Pero creeremos a quien dice esto si devuelve lo robado, y si regala lo poseído. La riqueza está en lo que eres, no en lo que tienes. Muchos gastan el dinero que no tienen para comprar cosas que no necesitan tratando de impresionar a gentes que no les agradan. El que mucho posee poco duerme, si tiene que vigilarlo. Las cosas que más se desean menos se pueden comprar. Se es rico en proporción a las cosas de que se puede prescindir.

Un paisaje, un libro, una melodía, un rostro. Con poco basta a quien es mucho; con nada basta a quien sólo tiene. Sencillez, naturalidad, espontaneidad, humildad, ayudan a ser feliz. Modelos de personas felices: un artesano silbando por un trabajo bien hecho, un niño construyendo castillos de arena, una madre bañando a su bebé, un médico salvando la vida de un enfermo.

- Cuando integramos todos los valores y los vivimos en armonía, nos encontramos en condiciones de ser feliz, aunque la búsqueda de esa felicidad armoniosa no carezca en ocasiones de sufrimientos. Sin embargo, semejantes sufrimientos son axiológicamente superiores por completo a la no-infelicidad de un cerdo en su puerco habitáculo.

La felicidad es la indicadora de que la persona ha encontrado la respuesta al problema de la existencia humana: la realización productiva de

sus potencialidades siendo simultáneamente uno con el mundo y conservando su propia integridad. Al gastar su energía productivamente acrecienta sus poderes. Lo opuesto a la felicidad no es el pesar o el dolor, sino la depresión que resulta de la esterilidad interior.

La persona madura se caracteriza porque conoce y a sume los límites, insuficiencias y miseria de la existencia.

Si en el mundo físico una manzana podrida termina por pudrir a las manzanas sanas, en el mundo del espíritu un ingenuo puede terminar llevando hacia el bien a un tramposo y a un rencoroso. Pero no somos manzanas. Basta un alma bella para que por ella, superior a todos los corazones duros, entre la salvación en el mundo: no estamos destinados al absurdo entrópico, ni a la destrucción, sino a la vida y a la felicidad.

- No hay que quedarse en casa dimisionariamente y llenos de miedo, aunque el mundo sea delictógeno. Es preciso ir más allá de los enanos de nuestros temores. Pero nosotros solos no podemos. Únicamente desde el grupo con el que estemos compartiendo resultará posible aguantar el mal del mundo, elaborar el duelo que nos inflinge el corazón duro, y devolverlo sanado. Ser ingenuos, sabiendo a la par defenderse con prudencia, pero con lucidez que no se deja avasallar y que es más fuerte que la muerte, dando a continuación el paso siguiente: volver a la arena reforestando lo deforestado para que donde hubo mal se pueda hacer el bien.

Vayan y devuelvan bien por mal, de dos en dos, no en solitario. A partir de ahí ensanchen el horizonte sabiendo defenderse sin estar a la defensiva, trabajando a la oferta en favor de un mundo más ingenuo, más humano en definitiva. Es labor de la pedagogía de los grupos ayudar a que cada cual en su interior vaya desarrollando y ejercitando el ritmo que le resulta personalmente adecuado en orden a ese objetivo, pues no todos somos iguales ni podemos lo mismo, ni queremos lo mismo, ni sabemos lo mismo, ni tenemos las mismas convicciones, ni el mismo grado de madurez.

Sólo a los más optimistas se les ocurre decir que vivimos en el mejor de los mundos posibles, pero también sólo a los más pesimistas aquello otro de «los hombres mueren y no son felices». Lo que nadie puede discutir es que

el ser humano si algo desea es su felicidad, y quien la rechaza asimismo rechaza la humana condición; por sendas torcidas o por vías gloriosas nadie es ajeno a la búsqueda de eso que los griegos llamaron eudaimonía, porque la felicidad es una utopía necesaria, un «ideal de la imaginación», que dijera Kant.

No cabe duda de que los tramposos viven y van a vivir peor, mientras los ingenuos mejor. «Cierta día un sabio visitó el infierno. Allí vio a mucha gente sentada en torno a una mesa ricamente servida. Estaba llena de alimentos, a cual más apetitoso y exquisito. Sin embargo, todos los comensales tenían cara de hambrientos y el gesto demacrado. Tenían que comer con palillos; pero no podían, porque eran unos palillos tan largos como un remo. Por eso, por más que estiraban su brazo, nunca conseguían llevarse nada a la boca.

Impresionado, el sabio salió del infierno y subió al cielo. Con gran asombro, veo que también allí había una mesa llena de comensales y con iguales manjares. En este caso, sin embargo, nadie tenía la cara desencajada; todos los presentes lucían un semblante alegre, respiraban salud y bienestar por los cuatro costados. Y es que allí, en el cielo, cada cual se preocupaba de alimentar con los largos palillos al que tenía enfrente».